

ARZOBISPO
Ricardo Blázquez Pérez

Conferencia

CICLO DE CONFERENCIAS DE LA HERMANDAD DE LA VICTORIA (HUELVA) CON MOTIVO DE LA
CORONACIÓN CANÓNICA DE LA VIRGEN DE LA VICTORIA

¿Qué significa la coronación de la Virgen de la Victoria?

18 de enero de 2012

La coronación de una imagen es un acto exterior de orden ritual; es una ceremonia por la que se pone una corona en la cabeza de la persona —o su representación— a quien se tributa tal reconocimiento. La corona —de flores, de ramas o de metal— ceñida a la cabeza es insignia honorífica o símbolo de dignidad. La coronación es una acción simbólica, cuyo significado es elocuente por las palabras que la acompañan, por la persona que es coronada y por la cultura dentro de la cual acontece. Signo y significado deben ser entendidos para que la coronación no sea una acción enigmática ni extraña a la sociedad que otorga ese honor. Es un gesto con el que se identifica interior y culturalmente el pueblo en cuyo nombre la autoridad competente coloca sobre la cabeza la corona. ¿Qué significa, a comienzos del siglo XXI, la coronación canónica de la imagen de la Virgen María? ¿Qué significación le pueden reconocer la fe y la piedad cristianas? ¿Está en consonancia con la sensibilidad de la cultura actual? ¿Es expresión adecuada del amor de los fieles cristianos a la Madre del Señor y nuestra Madre?

1. Sentidos de las palabras "corona" y "coronación"

de oro o revestidas de oro eran exclusivamente religiosas y las llevaban los sacerdotes que realizaban los sacrificios. En las competiciones se premiaba a los vencedores —poetas, atletas, actores— con una corona. En Roma la corona fue primero una recompensa militar; la corona más estimada era la llamada "corona cívica", de hojas de roble, que se otorgaba al que había salvado la vida de un ciudadano (cf. Corona, en: *Gran Enciclopedia Larousse* 3, pp. 2637 ss.).

Pablo tenía presente la costumbre de coronar a los vencedores en los juegos cuando estableció el contraste entre la corona corruptible que reciben los vencedores en el estadio y la corona imperecedera que recibirán los vencedores en el "combate de la fe", en la "milicia cristiana", en la fidelidad a Jesucristo crucificado y triunfador en la resurrección. Con la metáfora deportiva explica Pablo la vida del cristiano en medio del mundo (cf. 1Co 9,24-27; Sb 4,2; 5,16). Pablo, como apóstol del Señor, aspira a recibir la corona de la vida, a correr hasta la meta y a mantener hasta el final el encargo que se le ha confiado. *«Yo estoy a punto de ser derramado en libación y el momento de mi partida es inminente. He luchado el noble combate, he acabado la carrera, he conservado la fe. Por lo demás, me está reservada la corona de la justicia que el Señor, Juez justo, me dará en aquel día; y no solo a mí, sino también a todos los que han aguardado con amor su manifestación»* (2Tm 4,6-8; cf. Hch 20,24; Flp 2,16; 3,12-14; 1P 5,4). Pablo, sirviéndose de la metáfora deportiva, espera recibir la corona, el premio prometido por el Señor. *«Bienaventurado el hombre que aguanta la prueba, porque si sale airoso, recibirá la corona de la vida que el Señor prometió a los que lo aman»* (St 1,12)².

El Apocalipsis, en las cartas dirigidas a las Iglesias de Asia, a las que alaba, corrige y estimula en el camino de la fidelidad, utiliza diversas imágenes a través de las cuales comprendemos mejor lo que significan la corona y el triunfo. Me permito citar versos tan bellos y tan elocuentes, que también a nosotros nos animan en el combate cristiano y nos ayudan a percibir el alcance de la comparación con la "corona de la vida". *«Al vencedor le daré a comer del árbol de la vida, que está en el paraíso de Dios»* (Ap 2,7). *«Al vencedor le daré el maná escondido, y una piedrecita blanca, y escrito en ella un nombre nuevo, que nadie conoce sino aquel que lo recibe»* (Ap 2,17). *«Al vencedor, al que cumpla mis obras hasta el final, le daré autoridad sobre las naciones; las pastoreará con cetro de hierro y se quebrarán como vasos de loza, como yo he recibido de mi Padre, y le daré la estrella de la mañana»* (Ap 2 26-28). *«El vencedor*

en el martirio. «*La cruz ha hecho hermanos para el cielo a los que una misma carne había engendrado*». «*¡Oh retoño venerable, oh igual corona de gloria! Los padres santos de la Iglesia son igualmente hijos de la cruz*» (*Liturgia de las Horas I*, p. 1407). El martirio ha engendrado para la vida eterna, en su *dies natalis*, a Pedro y Andrés, uniéndolos en la victoria sobre los perseguidores y la muerte, que se simboliza en la corona de la gloria.

San Pablo Le-Bao-Tin murió martirizado en 1839, en el actual Vietnam, junto con un grupo numeroso de obispos, presbíteros, catequistas y otros cristianos. Entre los 117 mártires estaba san José Fernández de Ventosa, presbítero nacido en Ventosa de la Cuesta, en la Diócesis de Valladolid; y san Valentín de Berriochoa, originario de Elorrio, en la Diócesis de Bilbao. En una carta, Pablo escribió: «*En medio de estos tormentos, que aterrorizarían a cualquiera, por la gracia de Dios estoy lleno de gozo y alegría, porque no estoy solo, sino que Cristo está conmigo. Él no solo es espectador de mi combate, sino que toma parte en él, vence y lleva a feliz término toda la lucha. Por eso lleva en su cabeza la corona de la victoria, de cuya gloria participan también sus miembros. Os escribo esto para que se unan vuestra fe y la mía. En medio de esta tempestad echo el ancla hasta el trono de Dios, esperanza viva de mi corazón*» (cit. en: *Liturgia de las Horas IV*, pp. 106-107).

La multiplicidad de significados que tiene la palabra "corona", y consiguientemente "coronación", de orden antropológico, religioso y cristiano, como galardón en la competición, premio de Dios a los vencedores probados en la fidelidad, participación en la victoria de Jesucristo sobre el pecado y la muerte, y apertura del cristianismo a la representación del triunfo en signos sociales como un lábaro o estandarte, convergen en nuestro tema de la coronación de la Virgen como Reina.

2. Fiesta de Santa María Virgen, Reina

Entre corona y realeza hay una conexión estrecha, que certifica la historia y se unen fácilmente en el imaginario colectivo. La corona de España, por ejemplo, que corresponde al rey como jefe del Estado

esperanza depositada en la Madre de Jesucristo Rey divino quedó defraudada, nunca languideció la fe, por la que somos instruidos en que la Virgen María Madre de Dios reina con sentimientos maternales en todo el orbe de la tierra, pues está adornada con la corona de la gloria real en la bienaventuranza celeste» (Ad caeli Reginam, 1). En las calamidades, María es puerto seguro; en la oscuridad, es aurora que anuncia el día. María Reina y Madre significa poder salvador, estrella del mar y mano tendida a los hijos que corren peligro de naufragar en el mar proceloso de la historia, que están atribulados, que se sienten amenazados por el poder del mal. María es siempre segura y poderosa intercesora, aunque inicialmente parezca que Jesús se desentiende de la petición de su Madre, como en la boda de Caná (cf. Jn 2,1 ss.). Como rezamos con una oración preciosa: Nadie, después de haber invocado su ayuda, ha sido desoído y abandonado. María es como puente y camino que Dios y el hombre recorren: Por María ha venido el Hijo de Dios hasta nosotros y por María podemos ir nosotros hasta Jesucristo, el Hijo de Dios. Fue la puerta que se abrió cuando Dios mismo estaba llamando a las puertas del mundo. «Mira, Virgen dichosa, que el deseado de todas las naciones está llamando a tu puerta» (san Bernardo, cit. en: Liturgia de las Horas I, p. 298). De la respuesta de María, de su palabra acogedora, de su consentimiento libre y fiel, depende el consuelo de los miserables, la redención de los cautivos, la salvación de todos los hijos de Adán. María es raíz y puerta "que dio paso a nuestra luz" (Antífona "Ave, Regina caelorum").

La Encíclica *Ad caeli Reginam* recuerda dos fundamentos por los que María es Reina: el primero y principal es su divina maternidad, y el segundo es que tuvo parte excelentísima, según la voluntad de Dios, en la obra de nuestra salvación (cf. Encíclica, apartado III, en: Denzinger-Hünemann, 3913 ss.).

Según el relato de la anunciación, el ángel comunica a María: «Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Será grande, se llamará Hijo del Altísimo, el Señor Dios le dará el trono de David, su padre; reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin» (Lc 1,31-32). Consiguientemente, María es también reina, pues engendró al Hijo de Dios, el Mesías descendiente de David. Cita la Encíclica unas palabras de san Juan Damasceno, que habla muchas veces de la dignidad regia de María: «Verdaderamente fue Señora de toda criatura cuando fue Madre del Creador»³. El mariólogo Cándido Pozo, junto con otros, ha establecido la conexión entre Jesús el Rey y María la Madre del Rey, teniendo en cuenta la institución monárquica de Israel y en concreto el

afirmar que la beatísima Virgen es Reina, no solo por ser Madre de Dios, sino también porque, como nueva Eva, fue asociada al nuevo Adán» (n. 15). «En la misma unión con Cristo tiene origen la eficacia inagotable de su intercesión maternal con su Hijo y con el Padre» (ibíd.).

La Encíclica del papa Pío XII recuerda no solo la enseñanza de maestros de la antigüedad cristiana y la reflexión teológica seria y fiel; también y particularmente remite a la oración litúrgica en forma de himnos, de antífonas, de alabanza y de súplica, que son testimonios autorizados de la dignidad real de la Virgen María. La vinculación creyente y amorosa de los cristianos con Santa María Virgen, Madre del Señor y Madre nuestra, se manifiesta en la manera orante de dirigirnos a ella. La fe se hace alabanza y súplica; y la oración, a su vez, manifiesta y fortalece la fe, le otorga oxígeno en su decaimiento y la hace más intrépida y apostólica. En este sentido recojo de la Encíclica *Ad caeli Reginam* algunos testimonios tan bellos como expresivos de la Virgen María como Reina. *«Ensalzando con himnos tu parto, el universo te canta, como templo viviente, ¡oh Reina! Haciendo morada en tu seno quien tiene todo en su mano, el Señor; te hizo toda santa y gloriosa y nos enseña a alabarte» (Akathistos, 23). «Nuestra lengua no puede alabarte dignamente, porque tú engendraste a Cristo el Rey. Salve, Reina del mundo; salve, María, Señora de todos nosotros» (cita del mismo himno en Ad caeli Reginam, apartado II). De la Iglesia latina recordemos las antífonas «Dios te salve, Reina y Madre de misericordia», «Ea, pues, Señora, abogada nuestra, vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos» que cantan solemnemente los monjes y los cristianos con su música popular. «Salve, Reina de los cielos y Señora de los ángeles, salve, raíz; salve, puerta que dio paso a nuestra luz». «Reina del cielo, alégrate, porque el Señor, a quien has merecido llevar, ha resucitado». El 15 de septiembre, en la fiesta de los siete dolores de la Santísima Virgen, rezaba la Iglesia antes de la reforma litúrgica en el llamado "tracto": «Santa María, Reina del cielo y Señora del mundo, permanecía de pie, llena de dolor, junto a la cruz de nuestro Señor Jesucristo».*

Cuando sea colocada la corona sobre la imagen de la Virgen de la Victoria, contemplémosla con amor y devoción; que el rito exterior vaya acompañado de los sentimientos del corazón. La coronación expresa nuestra gratitud por el desvelo maternal de María, nuestra alegría por la exaltación como Reina, nuestra confianza en su protección en los peligros. Rezando con la antiquísima antífona *Sub tuum praesidium*, nos acogemos bajo su amparo.

entronización a la derecha del Padre. María está unida a su Hijo en todo el itinerario desde el comienzo de su existencia terrena hasta su destino de muerte y glorificación. *«Cristo ha resucitado de entre los muertos y es primicia de los que han muerto. Si por un hombre vino la muerte, por un hombre vino la resurrección. Pues lo mismo que en Adán mueren todos, así en Cristo serán vivificados. Pero cada uno en su puesto: primero Cristo, como primicia; después, todos los que son de Cristo, en su venida; después los últimos, cuando Cristo entregue el reino a Dios Padre, una vez aniquilado todo principado, poder y fuerza. Pues Cristo tiene que reinar hasta que ponga a todos sus enemigos bajo sus pies»* (1Co 15,20-25). El *Martirologio Romano* presenta con los siguientes términos la Memoria obligatoria del día 22 de agosto: *«Memoria de la Bienaventurada Virgen María, Reina, que engendró al Hijo de Dios, Príncipe de la Paz, cuyo reino no tendrá fin, y que es saludada por el pueblo cristiano como Reina del Cielo y Madre de misericordia»*⁵.

La misma conexión entre Madre e Hijo se ha tenido en cuenta para otras fiestas litúrgicas en la reforma del calendario. La solemne apertura del Concilio Vaticano II, de la que celebraremos pronto el cincuenta Aniversario, tuvo lugar el 11-10-1962 en la Fiesta de la Divina Maternidad de Nuestra Señora; pues bien, esta Fiesta ha pasado al 1 de enero como Solemnidad de Santa María Madre de Dios, en el ámbito de la Fiesta del Nacimiento del Señor. Cuando celebramos el nacimiento de Jesucristo, honramos también el alumbramiento por parte de María. Así leemos en el *Martirologio*: *«Solemnidad de Santa María, Madre de Dios, en la octava de la Natividad del Señor y en la circuncisión. Los Padres del Concilio de Efeso la aclamaron como Theotokos, porque en ella la Palabra se hizo carne, y acampó entre los hombres el Hijo de Dios, Príncipe de la paz, cuyo nombre está por encima de todo nombre»* (p. 87).

Una conexión semejante se ha realizado entre la celebración de los Siete Dolores de la Virgen, que tenía lugar el llamado Viernes de Pasión, es decir, el anterior al Domingo de Ramos, y que se unió a la del 15 de septiembre con el mismo contenido celebrativo. Ambas se han fusionado como Memoria de Nuestra Señora de los Dolores, que sigue a la Fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz. Sobre la memoria del día 15 escribe el *Martirologio Romano*: *«Memoria de Nuestra Señora de los Dolores, que de pie junto a la cruz de Jesús, su Hijo, estuvo íntima y fielmente asociada a su pasión salvadora. Fue la nueva Eva, que por su admirable obediencia contribuyó a la vida, al contrario de lo que hizo la primera mujer, que por su desobediencia trajo la muerte»* (p. 553)⁶. La misma relación entre Jesucristo y María podemos

predicación de Jesús, al menos antes de la confesión de Pedro en Cesarea de Filipo, estuvo centrada en el anuncio del reino de Dios. *«Se ha cumplido el tiempo y está cerca el reino de Dios. Convertíos y creed en el Evangelio»* (Mc 1,15). La actuación de Dios como rey es buena noticia para los pobres, indefensos y pecadores. Entra en el Reino el que escucha la Palabra de Dios y la cumple (cf. Lc 8,21; Mc 3,34-35). La Iglesia fue naciendo en la comunidad de los discípulos de Jesús, que escuchaban sus palabras (cf. *Lumen gentium*, 3). Después de la resurrección del Señor, los que creyeron el anuncio apostólico, se convirtieron de sus pecados y fueron bautizados, pasaron a formar parte del nuevo pueblo de Dios. A estos escribirá Pedro: *«Vosotros sois un linaje elegido, un sacerdocio real, una nación santa, un pueblo adquirido por Dios para que anunciéis las proezas del que os llamó de las tinieblas a su luz maravillosa. Los que antes no erais pueblo, ahora sois pueblo de Dios; los que antes no erais compadecidos, ahora sois objeto de compasión»* (1P 1,9-10; cf. Col 1,12-13; Ap 1,6; 5,10; 20,6; 22,5) (cf. *Lumen gentium* 10, 13). La Virgen María fue dichosa porque creyó en Dios, porque recibió la Palabra de su Hijo, porque permaneció fiel; y así es miembro eminente del nuevo pueblo de Dios. En ella, humilde sierva del Señor, brilló el poder del Todopoderoso; por eso coronamos su imagen.

En la pasión, Jesús compareció ante Pilato. Según el Evangelio de san Juan la cuestión dominante fue la realeza de Jesús. Pilato entra y sale del pretorio, y el movimiento exterior refleja la vacilación interna. En estos términos interroga el Procurador: *«¿Eres tú el rey de los judíos?»*. Jesús le contestó: *«¿Dices eso por tu cuenta o te lo han dicho otros de mí?»*. *«Tu gente y los sumos sacerdotes te han entregado a mí; ¿qué has hecho?»*. Jesús le contestó: *«Mi reino no es de mundo. Si mi reino fuera de este mundo, mi guardia habría luchado para que no cayera en manos de los judíos. Pero mi reino no es de aquí»*. Pilato le dijo: *«Entonces, ¿tú eres rey?»* Jesús le contestó: *«Tú lo dices: soy rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad. Todo el que es de la verdad escucha mi voz»*. Pilato le dijo: *«Y ¿qué es la verdad?»*» (Jn 18,33-38). La corona de espinas que pusieron los soldados a Jesús en la cabeza y el manto color púrpura consumó y coronó el escarnio: *«¡Salve, rey de los judíos!»* (Jn 19,3). En una tablilla, que primero llevó Jesús colgada al cuello señalando el motivo de ser condenado y después colocaron sobre la cruz, escribieron: *«Jesús, el Nazareno, el rey de los judíos»* (Jn 19,19). Los judíos reniegan de su rey y solo reconocen como rey al César (cf. Jn 19,15). Jesús es rey de una forma

Jesús se manifiesta en forma de poder salvador. «A Jesús le vemos ahora coronado de gloria y honor por haber padecido la muerte» (Hb 2,9). Jesús fue rechazado por los jefes del pueblo, condenado a muerte, y subió a la cruz cargado con los pecados del mundo; pero Dios lo resucitó y lo hizo Señor y Mesías. El poder de Jesús inherente a su condición mesiánica es salvífico. Jesús, que se humilló haciéndose obediente hasta la muerte de cruz, ha sido exaltado por Dios por encima de todo nombre y poder; es el Señor ante el cual toda rodilla se dobla reconociendo su gloria (cf. Flp 2,6-11). En el libro del Apocalipsis, Jesús, en forma de Cordero que había sido degollado, está ante el trono de Dios como vencedor (cf. Ap 1,17-18; 5,6-13; 11,15; 15,3-4). «¡Gracias a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo!» (1Co 15,57).

En la historia luchan y padecen persecución los cristianos y la Iglesia, siguiendo las huellas de Jesús (cf. Jn 15,18-21). Pero unidos a Cristo y sus padecimientos (cf. Flp 3,10 ss.), aunque estemos amenazados, saldremos vencedores. «Un gran signo apareció en el cielo: una mujer vestida del sol, la luna bajo sus pies y una corona de doce estrellas sobre su cabeza» (Ap 12,1). Esta imagen representa al mismo tiempo a la Virgen y a la Iglesia. María terminó venciendo los acosos del dragón, ya que fue elevada al cielo y fue coronada de gloria. La Iglesia, porque lleva a Jesús, es también amenazada por el feroz enemigo. En todas las épocas de la historia, y en tantos rincones del mundo, es perseguida, pero siempre es sostenida por la fuerza de Dios. En las pruebas y persecuciones podemos acogernos confiadamente a Jesús, que venció y fue coronado de gloria; y también podemos acudir a María, que fue fiel siempre y ha sido coronada en el cielo. Ella es la "omnipotencia suplicante". Su señorío de Reina lo ejerce intercediendo poderosamente por sus hijos.

Para concluir, reproduzco la oración para la coronación de la imagen de la Virgen del Ritual reformado y enriquecido después del Concilio. El 25-3-1981 fue promulgado el Decreto por el que se instituyó el nuevo Rito para la coronación de las imágenes de la bienaventurada Virgen María⁷. La parte doctrinal recuerda las razones teológicas: María es Madre del Hijo de Dios y Rey mesiánico (Lc 1,32-33.41-43; Col 1,16); es colaboradora insigne del Redentor; es perfecta discípula de Cristo, que unida fielmente a Cristo hasta la cruz mereció la "corona de la justicia" (2Tm 4,8), la "corona de la vida" (St 1,12; Ap 2,10), la "corona de gloria" (1P 5,4); es miembro eminente de la Iglesia (cf. 1P 2,9). El texto más significativo es

La Coronación de nuestra Señora de la Victoria es un rito que manifiesta la fe en María, Madre del Hijo de Dios, Discípula de Jesús su Hijo, que la asoció singularmente al evento de la salvación en el Calvario, que fue elevada al cielo y coronada de gloria. Representar a María Virgen ceñida con la corona regia se remonta a los tiempos del Concilio de Éfeso (431); y coronar las imágenes de la Virgen es una costumbre tradicional, sobre todo desde finales del siglo XVI. ¡Que el gesto exterior de ceñir la cabeza de nuestra Señora vaya unido a actitudes de fe, devoción y deseo de escuchar la Palabra de Dios y ponerla en práctica!

NOTAS:

[1] Sobre el Rosario, cf. Juan Pablo II, Carta Apostólica *Rosarium Virginis Mariae*, 16-10-2002. André Duval, *Rosarie*, en: *Dictionnaire de Spiritualité* 13, cols. 937-980.

[2] Cf. Walter Grundmann, *stéfanos* (corona), en: *Grande Lessico del Nuovo Testamento*, XII, cols. 1112-1121. Tertuliano, en su escrito *De corona*, rechaza ásperamente el uso no cristiano de la corona. Jesucristo, en lugar de llevar corona de honor, llevó una de espinas (cf. Mt 27,29; Mc 15,17; Jn 19,2.5). La advertencia de Tertuliano y el recuerdo de la corona ignominiosa que impusieron a Jesús en su pasión son una interrogación permanente para los cristianos. Cuando Jesús es exaltado como «*Rey de reyes y Señor de los señores*» (Ap 19,11-16), ya ha vencido al pecado y a la muerte; es el Cordero degollado que está ante el trono de Dios (cf. Ap 4,2-5.14). Siguiendo a Jesús, el cristiano rehúsa ponerse la corona, ya que es don escatológico de Dios al creyente que ha superado las pruebas. El triunfo del cristianismo con Constantino, que venció amparado con el signo de la cruz, abrió otro horizonte. «*Cruz, monograma de Cristo (XP), y corona, en recíproca conexión, han adquirido una importancia fundamental en el lenguaje simbólico de la cristiandad antigua*» (*Grande Lessico*, col. 1132). La acogida del símbolo de la corona en el cristianismo, por ejemplo en estandartes, escudos o banderas, se basa en el modo de entender la corona el Nuevo Testamento como corona de la victoria, que viene concedida por Dios a quienes han

todos los enunciados aparece la universalidad de su señorío y realeza.

[4] *María en la Escritura y en la fe de la Iglesia*, Madrid 1979. «*La gebirá no gobierna. Se limita a interceder*» (p. 164; cf. 1R 2,20, súplica de Betsabé a Salomón). «*María, como gebirá mesiánica, no gobierna, intercede: las necesidades de sus hijos las lleva con corazón materno hasta el trono del Rey*» (p. 166). Subraya el P. Pozo la coincidencia temporal entre la Fiesta de María como Reina, establecida por Pío XII para el 31 de mayo, y la Fiesta de María, Medianera de todas las gracias, que ya venía celebrándose. La reforma promovida por el Concilio Vaticano II cambió la fecha, como veremos, dándole un sentido más próximo a la relación de María con Jesucristo. A san Pedro de Mezonzo, obispo de Compostela a finales del s. X, se debe la preciosa oración llamada "La Salve". Las primeras palabras son «*Dios te salve, Reina y Madre de misericordia*». Porque es la Madre del Señor, podemos invocarla como nuestra Madre y Reina intercesora por nosotros ante su Hijo Jesucristo. La *gebirá* tiene un puesto oficial en la corte de Judá; su existencia, en cambio, no está atestiguada directamente en el Reino del Norte. «*El título comportaba una dignidad y poderes particulares. Betsabé ha sido ciertamente gebirá bajo Salomón; este la recibe con gran honor y hace que se siente a su derecha (1R 2,9)*» (p. 124; cf. Ct 3,11). El poder de la *gebirá* no se reducía al ascendiente que una madre tenía ante su hijo; era también su "señora-madre". El acceso al trono supone una elección divina. Los ritos de la entronización del rey eran en general la imposición de las insignias, corona, diadema, brazaletes, cetro; la unción, la aclamación, la entronización y el homenaje (cf. 1R 1,32-48; 2R 11,12-20). A la luz de la institución *gebirá*, se comprende que vayan unidos los nombres de María "Madre y Reina de la Iglesia" (cf. Pozo, o. c., pp. 166 s.).

Sobre reina-madre (*gebirá*), cf. Henri Cazelles, "La mère du Rois-Messie dans l'Ancien Testament", en: *Maria et Ecclesia*, Roma 1959, pp. 39-56. Roland de Vaux, *Instituciones del Antiguo Testamento*, Barcelona 1964, pp. 172-174. Cándido Pozo, "La regalità di Maria in una prospettiva biblica", en: *Mater Ecclesia* 9, 1973, pp. 134-137. Stefano de Fiores, "Maria regina: significato teologico attualizato", en: *Maria, presenza viva nel popolo di Dio*, Roma 1980, pp. 61-62. Varios, "Reina", en *Nuevo Diccionario de Mariología*, pp. 1715-1716 (Aristide Serra); 1725-1726 (Stefano de Fiores)

veinte en México, de donde pasó a España. Como los cristianos en las persecuciones de los primeros siglos de la Iglesia murieron confesando "*Jesus Kýrios*", así en un tiempo próximo al nuestro muchos cristianos arriesgaron y dieron la vida como testigos fieles de Jesucristo gritando "¡Viva Cristo Rey!".